

Fleury se mostraba inquieto, y el emperador singularmente escéptico. «Temo mucho, telegrafiaba Napoleón el 6 de diciembre, el discurso de apertura: si nada dice de bueno, procurad á lo menos que guarde silencio.» Los días siguientes el enviado imperial transmitió á París mejores noticias. El gobierno italiano acababa de dar muestras de su tolerancia: todos los obispos habían vuelto á sus diócesis; iba á ser enviado á Roma un nuevo negociador, el Sr. Tonello; en fin, el presidente del Consejo, Sr. Ricasoli, había prometido introducir en el discurso de la Corona palabras de amistad, de gratitud á Francia, y quizás también al emperador; y todas las pasadas ingratitudes daban á este débil testimonio un sabor insólito. «Según las concesiones obtenidas en Roma, comunicaba Fleury con fortalecida confianza, espero lograr de Ricasoli que hable de conciliación y quizás que proclame capital á Florencia.» A pesar de estas informaciones, Napoleón permanecía sombrío en sus pronósticos. Sospechaba que el gobierno del rey provocaba las deserciones en la legión de Antibes: además ciertos rumores, desmentidos, sin embargo, en Florencia, presentaban á Víctor Manuel como dispuesto á secundar una insurrección en los Estados romanos (1). «Dudo, telegrafiaba el emperador, de las intenciones tan benévolas de Italia para con Roma.» La clarevidencia de Napoleón no le engañaba. Cuando Fleury intentó obtener de Ricasoli declaraciones muy precisas, éste objetó los clamores de la opinión pública, el temor de una crisis ministerial y los peligros de una disolución. En cuanto al rey, el general le acusaba de huírle, de jugar con él al escondite, de usar de toda clase de tapujos. El 15 de diciembre había de abrirse el parlamento. Por la mañana la minuta del discurso fué comunicada al enviado francés. No era tan bueno como se había deseado, ni tan malo como se pudo temer un momento. El rey hablaba del respeto que tenía á los compromisos adquiridos y de su gratitud al emperador. En cambio, aludía á las aspiraciones nacionales; y de este modo se continuaba el equívoco voluntariamente prolongado. Habiéndose atrevido Fleury á criticar esta última frase, se le contestó, no sin alguna ironía, que estaba tomada de una carta escrita en 1862 por Su Majestad Imperial al Sr. Thouvenel.

«Confieso que esperaba más, seguía diciendo Fleury á su soberano al transmitirle el discurso real; pero es preciso contentarse con este éxito.» ¡A qué modestia había llegado nuestra política, reducida á llamar éxito el reconocimiento de un tratado muy formal y la concesión hecha de mala gana de una palabra de gratitud! El soberano se mostraba más acomodaticio aún que su enviado. El 16 de diciembre le telegrafió: «Expresad mi satisfacción y recibid para vos, de parte de la emperatriz y mía, todas las felicitaciones por el buen resultado de vuestra misión.» Fleury regresó á París muy agasajado, muy cumplimentado, y no omite hacernos saber que, por haberse mostrado tan sagaz diplomático, se vió designado para la próxima embajada. Un rasgo completa el cuadro. En Italia fué donde estalló el descontento. La opinión reprochó al rey el haber concedido demasiado á Francia, el haber por indignas atenuaciones ocultado, casi traicionado, la aspiración nacional.

(1) Véase *Souvenirs du général Fleury*, págs. 339-340.

Napoleón no tenía por qué tranquilizarse acerca del porvenir; pero tampoco tenía motivos bastante graves para eludir sus compromisos. Mientras Fleury negociaba en Florencia, las tropas francesas que habían quedado en Roma se disponían á regresar á su país. Al tener noticia de la irrevocable partida, Pío IX manifestó primero ciertas aprensiones y hasta pensó, según se asegura, en llamar á Civitavecchia á las escuadras de las potencias católicas (2). Pronto recobró toda su serenidad, y siguiendo su costumbre, puso toda su esperanza en la Providencia. El 6 de diciembre recibió á los franceses en audiencia de despedida. Las palabras del papa serían de gratitud por la larga protección dispensada ó de reproche por lo que parecía un abandono? En la alocución de Pío IX la tristeza sobreexcedió á la gratitud. Su discurso estaba lleno de sombríos pronósticos para Roma, para Italia, y como si el pontífice hubiese tenido un presentimiento del porvenir, dedicó palabras alarmantes para Francia y aun para el emperador. En París desagradaron mucho estas quejas, y más todavía esta compasión. Corría el rumor de que en la época de la evacuación la emperatriz iría á Roma. Ya en el mes de octubre la soberana había confiado sus propósitos al cardenal Bonnechose: «Mi presencia, había añadido, no vale 50.000 hombres; pero los italianos no querrán ofender al emperador en mi persona (3).» Sin embargo, en los consejos de las Tullerías el paso dado por la emperatriz no parecía político si la augusta viajera no llevaba con el carácter de mensajera de paz, á los dos poderes rivales, á Víctor Manuel y al Padre Santo, el ramo de olivo. Pareciendo quimérica toda conciliación, el proyecto fué retardado y luego no se habló más de él. Del 3 al 7 de diciembre de 1866, el *Gomer* y el *Panamá*, llegados de Tolón, embarcaron el 85.º y el 71.º de línea. El 69.º y el 29.º se embarcaron en parte en el *Intrépide*. El *Mogador*, el *Labrador* y el *Seine*, transportaron el resto del cuerpo expedicionario. Cuando los buques se hallaban en Civitavecchia, vióse aparecer en las mismas aguas una corbeta austriaca encargada de recoger al papa en caso de peligro. Al mismo tiempo abordaron otros buques de los cuales desembarcaron franceses, holandeses y belgas, bravos jóvenes que iban á Roma atraídos por la perspectiva de próximos peligros y destinados á engrosar el cuerpo de los zuavos. El 11 de diciembre de 1866, la bandera tricolor desapareció del fuerte de San Angelo, y el 13 regresó á Francia el general De Montebello, que fué el último en embarcarse.

III

Cuando la corte pontificia, después de diez y siete años de ocupación francesa, se sintió dueña de sí misma, el primer sentimiento fué de sorpresa, el segundo de temor. A esto se mezclaba una ligera, una imperceptible impresión de alivio, pues el extranjero, aun en su socorro, era para ella una carga por una razón ú otra. A pesar de los pronósticos contrarios, los me-

(2) Despacho del príncipe de Metternich al barón de Beust, 20 de noviembre de 1866 (*Documentos comunicados á los delegados de las dietas de Viena y de Pesth*, 1868).

(3) Libro-diario del cardenal Bonnechose (Besson, *Vie du cardinal de Bonnechose*, tomo II, pág. 59).

ses que siguieron fueron muy tranquilos. Sobrevino el Carnaval y fué general la alegría; los amigos del papa estaban contentos porque Pío IX reinaba aún, y sus adversarios porque pronto dejaría de reinar. Siguieron la Cuaresma, la Semana Santa, la pompa de las ceremonias pascuales; y la afluencia de turistas, la abundancia de beneficios, la tranquilidad exterior de todas las cosas, prolongaron la ilusión de la seguridad. Pronto cundió el rumor de que se preparaban otras fiestas más solemnes todavía. En el mes de junio de 1867, con motivo de la conmemoración centenaria del martirio de San Pedro, volvióse á ver el mismo espectáculo que en 1862 para la canonización de los mártires del Japón: la misma afluencia de fieles, las mismas manifestaciones de generosidad y de amor, las mismas demostraciones entusiastas que aclamaban á Pío IX, pontífice y rey. Jamás se vió la Roma papal revestida de tanto esplendor como en la víspera de la crisis que amenazaba hacerla desaparecer. Todo lo que Pío IX no esperaba ya de los hombres lo esperaba de Dios con una fe singular que admiraba á todos. El 26 de junio reunió un consistorio, y descontando el porvenir, que parecía escapársele, convocó al episcopado del mundo entero para un próximo concilio ecuménico.

El partido de acción veía con malos ojos esta esperanza. Una vez alejados los franceses, estaba en la creencia de poder precipitar la solución; mas para obrar necesitaba un punto de apoyo, y en esto estribaban las dificultades.

El desiderátum hubiese consistido en hallar este punto de apoyo en Roma y en provocar en ella una sedición, que se hubiera presentado al exterior como el acto espontáneo de un pueblo exasperado por la servidumbre. Con un poco de audacia y, sobre todo, de diligencia, se hubiera arrastrado á Italia; luego, acelerando un plebiscito é invocando la soberanía nacional, quizás se habría desarmado á la misma Francia. Mas la empresa, después de examinada, pareció poco realizable. Los más exaltados de entre los romanos comprometidos en las anteriores conspiraciones vivían en el destierro. Los que quedaban permanecían muy circunspectos y además estaban severamente reprimidos, pues el reducido ejército pontificio, poco numeroso para un servicio de guerra, bastaba de sobras para una represión interior. No hay duda que los súbditos del papa tenían contra su gobierno numerosos motivos de agravio. En cambio, pocos había que llevasen su animadversión hasta la idea de un rompimiento. Por atrasados que estuviesen, no llegaba su indiferencia al extremo de ignorar completamente lo que ocurría allende sus fronteras, pues de las provincias libertadas les llegaban noticias poco satisfactorias: hablábase de impuestos extraordinariamente aumentados, de administración vejatoria aunque muy secularizada, y también del reclutamiento que se apoderaba de los jóvenes para dispersarlos por las guarniciones apartadas. A estas nuevas sentíanse los romanos menos ganosos de regeneración. En la intimidad de sus viviendas pensaban en sus modestas cargas, veían á sus hijos reunidos á su alrededor, y comprendían que todas las inquietudes no eran obra de los eclesiásticos. Así hablaban, pero muy tímidamente, muy bajo, como habla de ordinario el buen sentido. A considerar solamente el brillo exterior, ¿a quién

no hubiesen inspirado envidia los romanos? ¿Qué gobierno les habría dado fiestas como las que en aquellos mismos días estaban presenciando?

A falta de inteligencias dentro de Roma, el partido de acción hubiese encontrado en la complicidad de Italia el gaje de un éxito próximo; pero, á pesar de sus ambiciones, el gobierno del rey Víctor Manuel ora negaba ó aplazaba su concurso, ora simulaba no oír. Sin hablar de las advertencias de Francia, la verdadera prudencia le aconsejaba asegurar su condición interior antes de intentar nuevas empresas. Hay pocos engrandecimientos que se realicen sin dificultades. Las que experimentaba la joven monarquía eran inmensas. Debía unificar sus antiguas y sus nuevas provincias: Palermo, que el precedente año se había insurreccionado; Turín, que no se consolaba de su pérdida preeminencia; Nápoles, que envidiaba la fortuna de Florencia; y ésta, que sólo aceptaba con desdenosa indiferencia una superioridad que comprendía ser efímera. La carestía de granos, el cólera, las quintas, la guerra, habían entristecido los ánimos y hasta provocado algunos pasajeros retrocesos hacia las desaparecidas dominaciones. La mayor penuria era la del dinero. El primer establecimiento del nuevo Estado, la organización de los servicios administrativos, las obras públicas, los gastos de los armamentos habían destruído muy pronto el equilibrio del presupuesto. Presuntuosos como hijos de familia recién emancipados, los italianos en un principio no se preocuparon mucho y abrieron ampliamente las fuentes del empréstito; luego vinieron los expedientes ordinarios, emisión de los bonos del Tesoro, venta de bienes nacionales. Una vez agotados estos recursos, se abrazaron á una suprema esperanza: la de los recursos que podría producir la enajenación de los bienes eclesiásticos. Como ocurre en toda obra renaciente, lo difícil había de ser la realización. A principios de 1867, el Sr. Ricasoli se apropió un sistema en extremo original que, mediante una entrega de 600 millones al Estado, dejaba al mismo clero el cuidado de liquidar su propio patrimonio. Esta deuda de 600 millones dividida en cuatro anualidades colmaría el vacío de las cajas públicas. Lo que parecía ser un remedio supremo no hizo más que aumentar la confusión. Por muy ingenioso que fuese el proyecto, suscitó toda clase de críticas. La Cámara, al poco tiempo, dejó al ministerio en minoría; éste recurrió á la disolución; los diputados, despedidos, fueron reelegidos en su mayoría; Ricasoli cayó. Se le designó primero como sucesor á Menabrea; luego Ratazzi se encargó del poder. La cuestión de los bienes eclesiásticos no estaba resuelta; en cambio, á las dificultades financieras se añadían los males de la inestabilidad política. Tal era la condición de Italia en la primavera de 1867. En tales coyunturas, ¿quién hubiese aconsejado afrontar nuevas complicaciones? Sin duda Roma aparecía como el complemento de la unidad; pero era menester dejar á la Convención del 15 de septiembre el tiempo de gastarse un poco, y al propio Napoleón el tiempo de sentir su firmeza. El ideal hubiese sido una absorción progresiva extendiendo poco á poco á los ciudadanos de Roma los privilegios y las cargas de Italia; so pretexto de seguridad, se hubiese introducido en el castillo de San Angelo una guarnición real; luego, so pretexto de sim-

plificación, se hubieran suprimido en las fronteras pontificias los derechos aduaneros. En sus entrevistas con el Sr. de Moustier, el Sr. Nigra evitaba pronunciar la palabra anexión y hablaba solamente de asimilación, término suavizado que no despertaba cólera. En boca de los diplomáticos italianos el patrimonio de San Pedro no era ya designado con el nombre de Estado; llamábasele simplemente territorio pontificio. De este modo hasta las formas del lenguaje ayudarían a la transformación de las cosas. Así dispuesto todo, un papa débil, anciano, menos absoluto que Pío IX, sufriría pasivamente lo restante. Entonces veríanse satisfechas las *aspiraciones nacionales*, sin violencia, sin sujeción, por lo menos muy visible, y con transiciones tan hábilmente preparadas que Europa ni siquiera se emocionaría y quizás ni los mismos católicos se indignarían.

Estas perspectivas estaban muy lejanas y eran muy inciertas. A falta de Roma, que se obstinaba en permanecer tranquila; á falta de Italia, que temía arriesgarse, existía un hombre muy propio para reunir á su alrededor todo el partido de acción: era aquel á quien se llamaba «el invencible Garibaldi.» El sabía reunir á los entusiastas, atraerse á los indecisos, comprometer al gobierno de Florencia, y medio de grado, medio por fuerza, arrastrarlo en pos de sí. En él pusieron sus esperanzas los impacientes.

Desde fines de febrero de 1867 habíasele visto abandonar su isla y dirigirse hacia el Véneto. A su entrada en escena los ministros del rey sintieronse malhumorados. Pasó tres días en Venecia, tronó contra los curas y lanzó, como de costumbre, su grito contra Roma. Mostróse irresistible, quizás en demasía, pues al salir de sus discursos el populacho fué á romper los cristales del palacio del Patriarca (1).

Esto era solo un principio. Pronto se enardeció la propaganda revolucionaria. Garibaldi, en una carta al comité romano, declaró ponerse al frente del movimiento nacional. Algo más tarde atrevióse á entregar á los diplomáticos extranjeros una solemne protesta contra la soberanía del papa. En otro tiempo la asamblea constituyente romana le había, según decía, nombrado gobernador de Roma, y hasta que una nueva asamblea popular estatuyese lo contrario, conservaría este cargo del que no había abdicado. Esta pretensión, que pareció una fanfarronada, fué acogida burlescamente. Sin embargo, al acercarse el verano, abriéronse centros de alistamiento para la recluta de voluntarios; organizáronse suscripciones para contribuir á los gastos de la lucha; y lo que es más, vióse á los periódicos publicar libremente la correspondencia de Garibaldi con los comités insurreccionales de Florencia y de Roma. Por fin, el 20 de junio, doscientos garibaldinos reunidos cerca de Terni intentaron penetrar en la provincia de Viterbo. Por otra parte, dispersáronse prontamente, y habiendo vuelto á pasar la frontera, fueron desarmados por las tropas italianas.

Lo más importante sería medir la energía ó la debilidad del gobierno real. El jefe del gabinete no era ya el Sr. Ricasoli, hombre recto aunque friamente apasionado, sino el Sr. Rattazzi, flexible, hábil en sortear las

(1) Véase Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, págs. 452 y siguientes.

dificultades, y que había hecho promesas á todos los partidos. A las primeras preguntas del Sr. de Malaret contestó con lenguaje apacible, se chancó de los débiles elementos con que contaba el partido revolucionario, que estaba escaso de hombres, escaso de armas y escaso de dinero. Enumeró todas las precauciones tomadas por sus agentes: sin duda, algunos individuos aislados podrían escapar á la vigilancia ejercida en la frontera; pero todo se limitaría á algunas reuniones sin importancia y que el gobierno pontificio dispersaría fácilmente. En nuevas entrevistas el hombre de Estado italiano renovó las mismas protestas y se mostró tan persuasivo, que el Sr. de Malaret, convencido á su vez, mandó á París informes muy tranquilizadores. Llegóse así al mes de junio. Entonces, por vez primera, el señor Rattazzi reconoció que había una cierta recrudescencia revolucionaria en los límites del Estado romano. Mientras tanto, túvose conocimiento de la refriega de Terni. Lejos de desconcertarse, Rattazzi se vanaglorió mucho de su energía. Sin embargo, como para defenderse de antemano contra un reproche que preveía, se dispuso con mucho cuidado á declinar toda responsabilidad por cualquiera acontecimiento que se produjese en el interior de los Estados romanos. A esta justificación anticipada, y por lo mismo algo sospechosa, el Sr. de Malaret contestó dando su asentimiento con cierta restricción. «Sin duda, dijo, desde el punto de vista teórico, la observación es verdadera: pero vosotros seríais responsables de los complots tramados en Roma ó en Viterbo, si éstos tenían el mismo objeto, los mismos agentes y los mismos jefes que se preparan aqueñde la frontera.» Al formular estas reservas, nuestro representante era fiel intérprete de su jefe, el Sr. de Moustier, cuyos despachos revelaban su alarma. «Cualquiera que sea el optimismo de los agentes del Sr. Rattazzi, telegrafaba á Florencia en 21 de julio, estamos perfectamente enterados y puedo aseguraros que el peligro es grande. Si algo sucede, la responsabilidad caerá por completo sobre el gobierno italiano, diga lo que quiera. No puede ignorar dónde están los depósitos de armas y los centros de acción. Que tenga la energía de apoderarse de aquéllas y de dispersar los grupos; que tenga la suficiente autoridad para alejar, si es preciso, á Garibaldi (2).»

El consejo era claro, y poco le faltaba para ser una reprensión. En semejante estado, la dicha sería grande si un incidente oportuno permitía al Sr. Rattazzi convertirse á su vez en acusador. En su situación, que empezaba á resultar equívoca, parecióle favorable esta suerte y con una habilidad no exenta de artificio se amparó de ella.

Entre todos los cuerpos pontificios, la legión de Antibes, muy trabajada por los agentes revolucionarios, era la que más se había señalado por su espíritu de sedición y habíanse comprobado en ella numerosas deserciones. En estas coyunturas un general de división francés, el general Dumont, que en otro tiempo había formado parte del cuerpo de ocupación, se trasladó á Roma sin mandato oficial, pero con la misión oficiosa de buscar la causa del mal y de volver á la disciplina á los que de ella se apartasen. Muy adicto á la Santa Sede,

(2) Véase *Documents diplomatiques*, 1867, pág. 51.

el general Dumont amplió un poco su papel. Asistió de uniforme á una revista de la legión, y viendo soldados franceses de origen olvidó por un instante que estaban al servicio de un príncipe extranjero. La ocasión era á propósito para protestar en nombre del principio de no intervención. Rattazzi no la dejó escapar: los legionarios de Antibes no eran más que franceses disfrazados; ¿en qué paraba, ¿pues, la evacuación prometida y hasta el tratado de 15 de septiembre? Algunos días después los periódicos publicaron una carta del mariscal Niel al coronel D'Argy, que parecía confirmar estas apreciaciones. A quien hablaba de maniobras garibaldinas era hábil contestar: *legión de Antibes*. Con lacónico algo altanero, el Sr. de Moustier puso fin al incidente. «No desapruebo, dijo, la misión del general, pero la niego (1).»

La diversión, aunque no desprovista de oportunidad, no podía engañar por mucho tiempo ni á Europa, ni á Francia, ni siquiera á Italia. El verdadero peligro no estaba en Roma ni en la ingerencia francesa: estaba en las fronteras pontificias y en la propaganda garibaldina. Esta era cada vez menos disimulada. El 12 de agosto Garibaldi estaba en Siena, el 13 en Orvieto, correteando alrededor del Estado romano. Interrogado por nuestro encargado de Negocios, el Sr. de la Villetteux — pues el Sr. Malaret acababa de partir con licencia, — Rattazzi renovó sus protestas aunque con alguna menor firmeza. Convenía en que quizás estallaría un movimiento en un próximo plazo y hablaba vagamente de la línea fronteriza, que era muy larga y muy difícil de guardar; pero, después de haberse expresado de este modo, retiraba sus declaraciones y se extendía con complacencia acerca de las mediocres simpatías que encontraban los revolucionarios. Su mayor esperanza, añadía, era un congreso que debía celebrarse en Suiza y al cual Garibaldi había prometido asistir: este viaje sería, sin duda, un pretexto para renunciar á la lucha, y desde allí, según toda apariencia, el *condottiere* regresaría á Caprera.

IV

El 8 de septiembre de 1867 fué un día memorable para la ciudad de Ginebra. Hacia las cuatro de la tarde toda clase de *sociedades*, unas pertenecientes al cantón, otras suizas ó extranjeras, se reunieron en las avenidas del paseo de los Bastiones. De entre la multitud, calculada en varios millares de personas, salían banderas de todas las naciones, helvéticas, francesas, alemanas y, sobre todo, italianas. Poco á poco se formó un cortejo que por los muelles y los puentes se dirigió á la estación. Frente á ésta se agrupó en filas apretadas, engrosadas constantemente por los recién llegados, que refluían por la calle del Mont-Blanc y por la plaza Cornavin. Después de una larga espera, apareció una comitiva y estallaron las aclamaciones. En el dintel apareció un viajero, á cuya vista redobláronse los gritos: era Garibaldi.

Pocos como él sabían rodearse de conjuntos apar-

(1) Despachos del Sr. Artom, encargado de Negocios de Italia, al Sr. de Campello, 1.º y 8 de agosto de 1867 (*Documenti diplomatici presentati dal presidente del Consiglio, ministro degli Affari esteri*, 1867).

tosos. Cándido hasta la ingenuidad, decían sus amigos, tenía también refinamientos que rayaban en la picardía. Con un arte infinito elegía su terreno: un día Londres, siempre propicia á los héroes y más aún á los excéntricos; otro día Palermo, ardiente como su sol y embriagándose en sus propios clamores; otro día, nuevamente, Venecia, poseída de la fiebre de su reciente liberación. Desde hacía mucho tiempo había disciplinado á sus compañeros que le seguían no como á un jefe, sino como á un dios; no se mostraba más que rodeado de su cortejo, y á ningún hombre se tributaba mayor culto que á aquel que pretendía abolirlos todos. Para atraer las miradas nada omitía, y su traje tradicional, la camisa colorada, el sombrero gris, el poncho americano, acababa de grabar en el espíritu de los pueblos una imagen á la vez rara y legendaria. Bajo este aspecto apareció Garibaldi á la multitud cosmopolita de Ginebra, sonriente, un poco cansado sin embargo, pues había salido por la mañana de Sión y á lo largo del lago, en Lausana, en Morges, en Saint-Prex y en Allamán, había recibido las atronadoras ovaciones de los ribereños.

Ninguna pompa faltó á la recepción, pompa popular, pompa también guerrera, pues cuatro piezas de artillería facilitadas por el departamento militar contribuyeron con sus salvas á la fiesta. La naturaleza había prestado su marco á la escena. Al llegar á orillas del Lemán, el sol inclinándose sobre el lago iluminó las cumbres de las montañas, mientras la ribera se envolvía en las nacientes obscuridades de la noche. Desde el balcón de la morada que se le había destinado Garibaldi dirigió la palabra. A cada frase las primeras filas del público prorrumpían en aplausos y esto bastaba para que el auditorio más alejado repitiese las aclamaciones. Sólo algunas palabras, más vigorosamente pronunciadas que las otras, llegaban á la multitud. El *condottiere* habló de la libre Helvecia, de Guillermo Tell, de Rousseau, de la fraternidad universal de los pueblos; luego exhortó á cumplir dos misiones: la primera, destruir todos los tronos; la segunda, derribar la institución pestilente del papado.

Esta elocuencia inflamada parecía un signo de guerra. Sin embargo, todo este aparato no era más que el prefacio de un congreso, el cual, por añadidura, se llamaría *congreso de la Paz*. Al día siguiente, 9 de septiembre, abrióse la primera sesión en el palacio electoral. Encima de la tribuna, y en medio de un pabellón de banderas, se había grabado la palabra *Pax* en letras de oro. Empezóse cantando un himno á la Paz; cuando este *Veni Creator* laico estaba terminándose, hizo su entrada Garibaldi. A su alrededor se agrupaban suizos y alemanes, y además franceses, pero en reducido número; los más calificados, como Luis Blanc y Julio Favre, habíanse hábilmente excusado. Cuando el héroe se levantó para hablar, reinó un gran silencio. Muy pronto vióse que no haría más que repetir su discurso de la víspera. Proclamó de nuevo la fraternidad de los pueblos y alabó la creación de un congreso universal y permanente, llamado á juzgar las diferencias internacionales. De nuevo anunció la caducidad del Papado, la más nociva de todas las sectas. Predicó una religión que llamaba religión de Dios, y exaltó el sacerdocio de los hombres de genio, substituido al sacerdocio de la

ignorancia. Manifestó que podía considerarse impía toda guerra que no tuviese por origen la resistencia á los tiranos, es decir, á los reyes. Así se expresó el fogoso pacificador. Cuando hubo terminado, se le aplaudió, pero menos que la víspera, y aun durante su peroración hubieran podido notarse intervalos de silencio molesto.

Es que los ginebrinos, de espíritu frío y lúcido, comenzaban á desengañarse. Viéronse todavía algunas escenas furibundas ó grotescas. En la extraña mescolanza de los discursos se juntaron toda clase de nombres infamados ó glorificados: Torquemada, Galileo, Rousseau, Aragó, Edgardo Quinet, y también Jesucristo, quien, declábase, no había casi tenido su igual antes de Garibaldi. Al oír estas divagaciones los adeptos se entregaban á transportes de alegría: en cambio, en el resto de la concurrencia marcábase un comienzo de repulsión. La población suiza experimentaba una aprensión, á saber, el temor de los incidentes á que podrían dar origen tales excesos. ¿Qué añadiré? Desde el día 9 se manifestaron los primeros signos de disfavor. El día siguiente no se disimuló ya la desaprobación. El 11 los ginebrinos no tenían ya más que un deseo, el de desembarazarse de sus huéspedes, y Garibaldi se apresuró á abandonar Ginebra.

A pesar de esta súbita desaparición, ¿quién se hubiera atrevido á decir que todo aquel aparato escénico fuese cosa estéril ó despreciable? Garibaldi estaba acostumbrado á dar estos golpes de efecto, que parecían improvisados, pero que en realidad estaban muy preparados. En 1862, en víspera de Aspromonte, había lanzado ruidosamente en Catania su dilema: *¡Roma ó la muerte!* En 1867, en vísperas de otra tentativa, renovó bajo la misma forma un llamamiento parecido, y en Ginebra acababa de dar el grito de guerra que reuniría á todos sus partidarios.

V

Claramente se vió en los sucesos que siguieron. «Al salir de Ginebra, Garibaldi volverá sin duda á Caprera.» Así se había expresado el Sr. Rattazzi. ¡Cuán vana fué la predicción! Mientras se le creía aún en Suiza, el audaz jefe de partidas había vuelto á Italia. Lejos de pensar en la retirada, descendía á través de la península y á cada una de sus paradas excitaba á la rebelión á sus amigos. El 18 de septiembre los diarios *La Reforma* y *La Italia* publicaron bajo su nombre dos manifiestos, el uno dirigido al pueblo de Roma y el otro á los patriotas italianos. Ya estaba en Florencia el gran revolucionario; pero Florencia no era para él más que un lugar de paso. El 22 de septiembre partió para Arezzo. Un poco más y llegaría al territorio pontificio.

En esta crisis desde luego inminente ¿qué haría el Sr. Rattazzi? Viósele primero guardar una actitud vacilante, como si hubiese esperado que los acontecimientos le inspirasen; pero, como el peligro se hacía más apremiante, decidióse por la energía. En fin, pareciendo ésta más peligrosa que la debilidad, aflojó todos los resortes de la autoridad que por un instante había apretado entre sus manos, y esta fué su tercera evolución.

Durante los primeros días de septiembre Rattazzi enviaba á las autoridades de la frontera instrucciones para que redoblasen la vigilancia; pero estas instruccio-

nes eran tan vagas, tan llenas de reservas, que muchos de los funcionarios las creían un simulacro y juzgaban más hábil no oponer resistencia (1). De Francia, mientras tanto, llegaban avisos que parecían mandatos. Es más, en Lyon organizábase una división que sin pérdida de tiempo se dirigiría al mar para embarcarse. Y Rattazzi, sin duda, no ignoraba estos preparativos: ¿era posible que hubiesen escapado á la vigilancia del señor Nigra?

Mientras tanto, se supo el regreso de Garibaldi á Italia. Obligado á tomar una resolución, aguijoneado por Francia, Rattazzi renunció á su política equívoca. Una nota publicada el 21 de septiembre en la *Gaceta oficial* fué la primera señal de la evolución. El ministerio proclamaba el respeto á los tratados, la soberanía de la ley que obligaba igualmente á todos los ciudadanos: «Si alguno, añadía, intentase faltar á la lealtad de las estipulaciones y violar la frontera, de ningún modo se lo permitiríamos.» A estas palabras siguió un acto ruidoso. Cuando Garibaldi iba á franquear los límites del Estado pontificio, fuéle enviado el prefecto de Perugia para disuadirle de su propósito. Habiendo resultado inútiles todas las instancias el *condottiere* fué en la noche del 23 al 24 de septiembre detenido en Asinalunga con algunos de sus compañeros. Trasladado á Arezzo, fué conducido luego á Alejandría y encerrado en la ciudadela. El 25 de septiembre una nueva nota de la *Gaceta oficial* recaló esta conducta. Cogiéronse depósitos de armas, y la fuerza pública hizo volver á sus hogares á algunos voluntarios. Esta era una segunda victoria de Aspromonte, pero esta vez sin efusión de sangre. En París regocijábanse como si hubiese desaparecido todo peligro. Sin embargo, de un extremo á otro de la península el acto de Asinalunga había provocado emoción inmensa. Aunque perdido el hábito de las revoluciones, Florencia, la dulce y amable Florencia, intentó una sublevación y quizás los tumultos hubiesen llegado á ser una insurrección, si una lluvia torrencial, más eficaz que la policía, no hubiese oportunamente barrido las calles. En los sitios públicos proferíanse gritos de muerte contra los ministros; al mismo tiempo, apareció un manifiesto de los diputados de la izquierda que protestaron contra la detención llevada á cabo, decían, con desprecio de la inviolabilidad parlamentaria. Bajo el peso de tantos reproches, Rattazzi sucumbió. Lo que era sólo la efervescencia de una minoría facciosa le impresionó más que el deseo universal de las gentes de bien. La primera señal de desviación fué el lenguaje de los periódicos democráticos *La Riforma* é *Il Diritto*, que pudieron libremente predicar la agresión contra Roma. Mientras tanto, circuló una noticia más grave: Garibaldi ya no estaba en Alejandría; habíasele soltado y conducido á Caprera. Con respecto á los depósitos de armas, á las oficinas de reclutamiento, á las idas y venidas de los voluntarios, la policía y el ejército, desde un momento, volviéronse de nuevo extraordinariamente torpes. Muy asustado por estos síntomas, sospechando que se incurriría en complacencias rayanas en la complicidad, nuestro encargado de Negocios, el Sr. de la Villetteux, interrogó de nuevo al Sr. Rattazzi. Este

(1) Véase Versezio, *Il regno di Vittorio Emanuele II*, tomo VIII, pág. 267.

alabó sus medidas de vigilancia: el ejército de observación había sido reforzado y habíanse efectuado numerosas detenciones. Confesó que algunos individuos aislados habían atravesado la frontera; pero aun manifestando algunos temores, protestó de su lealtad con mucho calor. En cuanto á Garibaldi, el presidente del consejo no se preocupaba, á pesar de que, apenas llegado á su isla, hubiese intentado evadirse. ¡Quién hubiese podido sospechar que en Caprera el temible jefe de partidas no estuviese en lugar seguro como en la fortaleza de Alejandría! Siete barcos de guerra, según se aseguraba, estaban encargados de guardarle.

VI

En medio de todas estas amenazas el Estado pontificio había permanecido tranquilo. No se notaba ninguna señal de desafecto en los campos, ningún pánico en el gobierno, ni en la ciudad ningún conato de motín. Las costumbres de la vida social no habían cambiado. Como acontecía en esta época del año, las familias acomodadas habían salido para sus acostumbrados puntos de veraneo. El Corso conservaba su fisonomía ordinaria de los días de verano. A lo más oíanse algunos gritos sediciosos, pero aislados, y seguidos de detenciones llevadas á cabo silenciosamente. La principal inquietud era el cólera, que se perpetuaba en Roma con una continuidad traidora y se cebaba con violencia en ciertos pueblos. Lejos de desear un cambio de señor, la burguesía romana sentíase más bien inclinada á temerlo. Vivía de los extranjeros, recelaba, sobre todo, de la marcha de Pío IX, y no imaginaba que la corte de Víctor Manuel, aunque suntuosa y brillante, pudiese traerle la equivalencia de los beneficios perdidos.

Los consejeros del Padre Santo observaban con satisfacción esas tendencias, demostrándolo de una manera algo ingenua, como si esta fidelidad hubiese sido para ellos una sorpresa. Cualesquiera que fuesen estos felices síntomas, la condición del pequeño Principado seguía siendo precaria frente á los peligros ya inminentes.

El ejército pontificio, aun con sus recientes aumentos, no se elevaba más allá de 13.000 hombres. De esta cifra había que descontar los enfermos, que eran en bastante número. Muchos recién venidos, todavía mal adiestrados, eran completamente ineptos para la vida de campaña. En la enumeración de las fuerzas totales contábanse los guardias rurales ó *squadriglieri*, especie de milicia nuevamente creada y que no podía ser asimilada á las tropas regulares. Además las excitaciones revolucionarias no habían exceptuado á los soldados de Pío IX. Asaz impotentes en los otros regimientos, habían producido sus efectos en la legión de Antibes, que las deserciones habían reducido mucho. Hechas estas deducciones, el efectivo disponible no pasaba de ocho ó nueve mil hombres, de los cuales había que extraer el servicio de las guarniciones. De todos estos cuerpos, el más fuerte, el solo completamente bueno era el de los antiguos franco-belgas ó zuavos pontificios, llamados á dar pronto admirables pruebas de su valor. Ya entonces se preparaban á los trabajos de la guerra con otros trabajos no menos peligrosos aunque más ignorados. En el mes de agosto vióse á una de sus com-

pañías llegar á Albano, donde el cólera se había presentado súbitamente, haciendo en pocas horas cerca de cien víctimas. En medio de la consternación que todo lo paralizaba, levantaron los ánimos, enterraron los muertos, cuidaron á los enfermos, sanearon las viviendas y cumplieron con la santa alegría del sacrificio todos los deberes repugnantes ó penosos que sin ellos hubiesen dejado de cumplirse. En la pequeña ciudad subsiste todavía, á través de los años, el piadoso recuerdo de su heroísmo. Quisiéramos nombrar á todos estos bravos jóvenes, varios de los cuales sucumbieron. Su jefe era un belga, pero de nombre francés, llamado Ré-simont.

El peligro no nacía sólo del reducido número de defensores, sino que también de la constitución territorial del Estado romano. Privado de las Romañas, de las Marcas y de la Umbría, el patrimonio de Pío IX sólo se componía, exceptuando Roma y la cuenca inferior del Tíber, de cuatro pequeñas provincias: al Norte la de Viterbo, al Oeste la de Civitavecchia, al Sur las de Velletri y de Frosinone. Este territorio, restos de un principado mayor, estaba abierto por todos lados, sin una barrera natural, sin una poderosa obra de defensa organizada por los hombres, sin más que un límite ficticio y más allá de este límite un protector sospechoso, expoliador de ayer que podría ser el de mañana. Vecina en toda la extensión de la frontera, la monarquía italiana disponía de todos los pasos que conducían á Roma. Si observaba puntualmente ó sólo con corrección el tratado de 15 de septiembre, no era de temer ninguna alarma seria. Si permanecía neutra y pasiva en cierto modo, el peligro sería grande por la afluencia de partidas, pudiendo, sin embargo, dominárselo; pero, si la tolerancia degeneraba en complicidad, entonces la igualdad de las probabilidades quedaría decididamente rota y el equilibrio sólo se restablecería con el auxilio extranjero.

El 28 de septiembre penetró en el territorio pontificio la primera partida de garibaldinos. La invasión comenzó por la provincia de Viterbo. En la parte oriental de esta provincia algunos gendarmes fueron sorprendidos en las *Grutas de San Stefano*. Luego fué ocupada y reconquistada Acquapendente. A orillas del lago de Bolsena hubo varias escaramuzas. En los siguientes días la lucha aumentó. Habiéndose los garibaldinos apoderado de Bagnorea, la pequeña ciudad, atacada primero inútilmente por los soldados de Pío IX, fué reconquistada por ellos el 5 de octubre después de un rudo combate. Invadido por el Norte, el Estado romano lo fué poco más tarde por el Sur. El 11 de octubre los pontificios rechazaron un brusco ataque á Subiaco. Por aquellos mismos días Nicotera, con sus partidas, atravesaba la frontera napolitana. Estas correrías en diversas direcciones no dejaban adivinar un plan de conjunto. Pronto apareció á orillas del Tíber, á una docena de leguas al Nordeste de Roma, no Garibaldi, que estaba todavía en Caprera, sino su hijo Menotti. Púdose desde entonces prever que por este lado se dirigiría el principal esfuerzo del ejército revolucionario. El objetivo sería descender por el valle del río, sacar partido del desparrame del ejército papal, acercarse á Roma y quizás entrar en ella por sorpresa. Toda la vigilancia del general Kanzler, ministro de la Guerra, y de sus